

## Artes mágicas en la caverna del diablo

Desperté a mediodía. El sol brillaba sobre la apertura circular y salí del lecho, dispuesto a explorar la caverna. Siendo tan grande, estimé que me tomaría unos quince minutos. Rodeé el estanque para llegar al otro lado, donde se extendía un jardín interior repleto de árboles, arbustos y hierbas. Era agradable y sombreado, un lugar realmente hermoso, verde y fresco. La vegetación abundante cubría la totalidad de la superficie, llegando hasta el cráter, demasiado alto y empinado como para que alguien pudiese alcanzarlo. La única porción de la caverna sobre la cual la hierba no crecía era aquella resguardada de la lluvia por la curvatura del techo de roca, bajo la cual se hallaba el lecho. Me sentía a salvo y cargado de magia allí. Retorné a la proximidad del estanque y, tras encender la fogata de nuevo, asé más pescados y comí. Noté que la antorcha no se consumía, y deduje que era un truco strigoi de Jimin que me resultaba muy conveniente, puesto que no estaba preparado para encender un fuego de la nada. Mientras que él regresaba, quise ensayar algunas fórmulas del libro de los strigoi. Aunque no tuviese sus poderes, no perdía nada intentando desarrollar los míos. Sin embargo, los hechizos strigoi eran generalmente muy sofisticados, por lo cual tuve que recurrir a los más sencillos, que estaban al comienzo del manuscrito. Empecé por repetir una simple fórmula en latín para ocultar la luz del sol. Me asombró que el resultado fuese casi inmediato: el cráter se cubrió de densos nubarrones grises que permanecieron allí hasta que pronuncié el contrahechizo. Luego, recité una fórmula para que lloviese. De nuevo, los nubarrones regresaron y esta vez empezó a caer una lluvia suave y uniforme. Jugué a controlar la intensidad del aguacero por medio de gestos, dirigiendo mis manos hacia las nubes y luego dejándolas caer de modo que el ritmo de la lluvia me emulase. Pasados unos minutos, ya dominaba el hechizo. Solté una risotada de triunfo, como siempre había imaginado que serían las de los hechiceros poderosos de los cuentos, y me sentí realmente feliz. Con las fórmulas adecuadas, todo resultaba muy fácil: ¡jamaba ser brujo! Giré con los brazos extendidos largo rato, empapándome y bebiendo el agua de la tormenta que yo mismo había convocado al tanto que el jarro, a su vez, se llenaba de agua fresca. Cuando terminé de jugar con la lluvia, practiqué con otras fórmulas algo más complicadas, como una para hacer que la fogata se encendiese. Me tomó mucho tiempo y solo logré que una llamita brotase entre los troncos húmedos, pero se extinguió casi de inmediato, así que tomé madera seca y encendí la fogata al modo tradicional. Me puse mis ropas secas mientras la bata se secaba y busqué otros hechizos de mi interés. Había varios que llamaban mi atención, como poder respirar bajo del agua o elevarse varios metros del suelo, pero requerían ingredientes especiales con los que no contaba en ese momento, lo cual lamenté. Retorné el libro a su lugar y hojeé los otros dos. Uno era una especie de libro de alquimia, el cual era excesivamente complicado, aun para mí, que había aprendido ciencias naturales de los mejores. Había hojeado algunos manuscritos de alquimia en el pasado y había comprendido las ingenuas intenciones de los autores, pero este era mucho más avanzado y complejo. Estaba escrito en latín y no hablaba de nigredo o piedra filosofal, sino de las propiedades espirituales de los elementos y cómo aunarse con ellos. Todo aquello era fascinante, pero sin un maestro me resultaba imposible comprenderlo en profundidad y más aún aplicarlo. El tercer libro era un manuscrito bastante largo. El inicio leía para Jimin, mi amado hijo y estaba escrito en rumano, con caracteres cirílicos al igual que aquel que Min Yoongi había redactado. Esta vez no quise inmiscuirme en algo tan triste y personal como el legado que el diablo había dejado a

su hijo, prefiriendo hacer el libro a un lado. Sin embargo, algo superior a la curiosidad me decía que lo abriese solo una vez, al punto que se convirtió en una necesidad imperiosa. Al fin, puesto que Jimin me había otorgado permiso explícito de leer sus libros, me atreví a abrirlo en una página al azar.

“Puesto que tus tíos no son strigoi sino brujos iniciados, no tendrán reparos en matarme. Siempre han envidiado mi poder y, aunque lograron desterrarme, saben que planeo regresar para recuperar lo que te pertenece como mi único heredero. No sabes cuánto sufro al estar separado de tu madre. Ahora que ella se fue, lo que más deseo en el mundo es reunirme contigo de nuevo, como durante esa breve temporada que pasamos juntos en esta cueva. Sin embargo, debo asegurarme de que tus tíos no puedan dañarte, así que me reuniré con mis hombres al amanecer. Me ha tomado largo tiempo proveerme con un ejército fiel, pero confío en que esta vez derrotaré a mis hermanos. Aun así, su pacto con la oscuridad los ha hecho inmensamente poderosos, tanto así que uniendo sus fuerzas podrían vencernos. Si llego a morir, debes saber que me hechicé a mí mismo para que quien me asesine muera en el acto. De tal modo, si uno de tus tíos logra darme muerte como es su plan, solo restará uno de los dos, al cual tendrás que enfrentarte cuando crezcas para vengarme y recobrar tu legado. Debo confesar que, siguiendo los pasos de nuestro antepasado Boian, te hechicé mientras me visitabas para que, en el caso de que alguno de tus tíos te encuentre, no mueras sino que permanezcas como dormido hasta que Yuh-jung te socorra. Hice lo mejor que pude y utilicé gran parte de mi poder personal en este hechizo, de forma que no debería fallar. Sin embargo, necesito que me perdones por haberlo efectuado sin tu consentimiento. Solo los brujos naturales pueden deshacer el daño causado por un brujo iniciado, así que te pido que nunca te alejes demasiado de tu madre adoptiva, pues puedes llegar a necesitarla. Yuh-jung me fue de gran ayuda, siendo tu madre su discípula. Los tres estábamos a punto de hallar el modo de deshacer la maldición de Vlad III cuando tu madre murió. Puesto que la mujer que nos maldijo era una bruja iniciada, su designio puede ser anulado por una bruja natural que no pertenezca a nuestra familia. Como ves, es demasiado tarde para mí: ya perdí a tu madre y, por fuerza de las circunstancias, no puedo pasar tiempo con Yuh-jung, quien se ocupará de criarte en donde tus tíos no te puedan hallar. Sin embargo, he dedicado los últimos años a desentrañar el secreto de la maldición y creo haber llegado a una solución capaz de romper el ciclo contigo. Para ello, tendrás que realizar un hechizo con tu sangre antes de cumplir los dieciséis años, que es cuando la maldición y los poderes de un strigoi de nuestra línea se manifiestan en todo su esplendor. Espero reunirme contigo antes de que llegue esa fecha y compartirte la fórmula, así como ayudarte a potenciarla. Si llego a morir, Min Yoongi te hará entrega de este manuscrito además de otro que deberá redactar él mismo como prueba de mi muerte. El presente permanecerá sellado de modo que solo un brujo pueda abrirlo. Desearía haber llegado a estas conclusiones en cuanto a la maldición antes de que mi propia condición llegase a su plenitud, pero estaré feliz aquí o en el más allá si logras librarte de este peso. Solo ahora comprendo que tu madre era la única bruja que podía haberme ayudado, pues...”

En este punto, la narración se interrumpía: faltaban un par de hojas cuyos bordes interiores aún estaban adheridos al resto del manuscrito. Alguien, probablemente Jimin, las había arrancado, pues en la siguiente página completa el padre hablaba del hechizo del medallón, refiriéndose al mismo como si ya lo hubiese explicado:

“Si bien este hechizo, al ser efectuado por el brujo natural que encuentre el medallón con tu sangre, te transformará en un strigoi más poderoso que yo o cualquiera de nuestros antepasados, mi mayor esperanza reside en que consiga romper la maldición, y debes centrar toda tu intención en esto cuando recites la fórmula que te acabo de proporcionar”

¡Vaya! Así que aquel hechizo era mucho más importante de lo que yo jamás había sospechado. No se trataba, por supuesto, de que Jimin recuperase una luz de la que jamás se había desprendido, sino de que pudiese al fin liberarse de la más espantosa maldición generacional que alguien hubiese podido concebir. Me dije que era injusto que los hijos pagasen por las faltas de los padres, como en el caso de los descendientes de Vlad III, y ahora anticipaba el momento de que Jimin llegase para contarme si la pócima que yo había preparado había surtido efecto. Puse el libro en su lugar y le di la vuelta al estanque, preguntándome cuándo regresaría. No había encontrado una entrada a la caverna, pero tampoco la había buscado. Sin embargo, si él no retornaba, estaría en problemas. Me dije, aun así, que solo me preocuparía al hallarme en esa situación y no antes. Estaba exhausto tras haber agotado todas mis energías manipulando la naturaleza por medio de la hechicería aquel día, y me tendí cuan largo era sobre la piel de oso para contemplar el firmamento azul oscuro repleto de estrellas blancas y doradas. Aquel día había aprendido mucho acerca de Jimin de forma indirecta con su consentimiento, y pensé que era hermoso que él mismo hubiese sugerido que leyese sus libros. ¿Tanto confiaba en mí cuando hacía tan poco se había mostrado más que reservado? Quizá, puesto que había tenido la oportunidad de ayudarlo de forma desinteresada, al fin había comprobado que yo estaba genuinamente de su lado, no por miedo a perder la luz de mi alma ni porque me atase un pacto, sino porque lo estimaba. Bueno, en realidad lo amaba, pero él no sabía que mis sentimientos superaban, por mucho, la amistad. Y si de mí dependía no lo sabría jamás. Según mis cálculos, desperté poco después de medianoche y me incorporé del lecho para beber algo de agua. Me froté los ojos, observando las pequeñas burbujas que se formaban en la superficie del estanque. ¿Cómo estaría mi nana? Esperaba que hubiese llegado a Vršac sin contratiempos para entregar el diario de Sung Boreum a las autoridades. Al menos allá estaría a salvo y no le faltaría nada. De repente, me sentí muy solo y estuve a punto de echarme a llorar, pero tomé un hondo respiro y, armándome de paciencia, me viré para regresar a la cama.

—Hola —Lancé un grito tan fuerte al encontrarme frente a Jimin justo cuando menos lo esperaba que él mismo se conmocionó un poco para echarse a reír de inmediato —¡Por Casandra!

—exclamó aun riendo —¡No creí que te sobresaltarías así!

—¡Estás demasiado cerca! —chillé con los pelos de punta todavía.

—Lo siento —se defendió, tragando en seco y dando un paso atrás —Me pareció mejor hablar en vez de tocar tu hombro para llamar tu atención.

—¡Por poco me matas del susto! —dije, llevándome la mano al pecho, pero no pude evitar sonreír: estaba feliz de verlo —Hola —agregué, intentando recobrar la compostura.

—Oh, Kook —murmuró, poniéndose muy serio de repente.

—¿Qué ocurre? —inquirí preocupado. Se lo veía sumamente triste, al punto que pensé que estaba a punto de llorar. Sus ojos estaban humedecidos cuando los clavó en los míos y dijo:

—Me salvaste la vida —Se apoderó de mi mano, estrechándola entre sus dedos tibios y causando que mi corazón batiese con mucha más fuerza que hacía unos segundos, cuando me había sorprendido.

—No —dije, negando con la cabeza y experimentando una emoción tan viva que temí que descubriese mis sentimientos —Fue tu padre. Él te hechizó para que...

—¡Da igual, Jungkook! —me interrumpió, dando un paso hacia mí para tomar mi otra mano, apretándola con fuerza —¡Si no hubieras llegado, muy pronto no habría quedado nada de mí! Has hecho tanto por mí y yo, ¡maldición! ¡No he hecho nada por ti, no te he traído más que sufrimiento! —Jimin lloraba ahora. Sin sollozos, pero lloraba con verdadero sentimiento.

—¡No es así! —dije sin dejar de mirarlo. Su compunción me inspiraba tanta dulzura que casi no podía resistirlo —Yo...

—¿Sí? —inquirió, apretando los labios e inhalando por la nariz. ¿Por qué estaba sufriendo tanto Jimin? ¡Me partía el alma! Quería decirle que mi única felicidad consistía en estar cerca de él y que, si él hubiese muerto, yo habría muerto de pena a mi vez. Sin embargo, a causa de mis propias emociones, ni siquiera podía coordinar mis palabras:

—Necesitaba verte —dije —Te esperaba y los días pasaron, y regresé cada noche a aquel lugar sobre la vertiente pero tú no llegabas, y luego tu tío me dejó esa nota en la botella afirmando que... Porque fue tu tío quien te envenenó, ¿verdad?

—¡Sí! Pero, espera, ¿qué nota? ¿Mi tío sabía dónde encontrarte? —advertí que había pasado de la pena a la frialdad asesina al miedo en cuestión de segundos. Sin embargo, no soltó mis manos en ningún momento.

—Te enseñaré la nota —dije, pasando por alto su última pregunta —La conservé. Pero antes, necesito que sepas que no hay nada que no haría por ti. Si he sufrido, ha sido solo porque creí que ya no regresarías.

—Gracias —dijo por entre los dientes, bajando la mirada y estrechando mis manos con más fuerza aún. Estaba temblando.

—Ven —dije, esbozando una sonrisa y tirando de él en dirección a la porción cubierta de la caverna donde había dejado el cinturón tras cambiarme de ropas de nuevo —Tengo mucho que enseñarte. ¿Dónde estabas, por cierto?

—Cazando —respondió —Y trayendo alimentos para ti.

—¿Por qué es diferente nuestra comida? —inquirí, girándome para escrutar su rostro.

—Supongo que ya has advertido que necesito sangre fresca y carne cruda. No querría traerte trozos mordisqueados de animal.

—Tú no comes humanos, ¿verdad? —pregunté, sentándome sobre el lecho y buscando la nota de su tío en la bolsita de cuero. Como se tardaba en responder, me detuve y elevé la mirada hacia él. Jimin se había quedado viéndome casi con deleite. No supe si se burlaba de mí o si aquella insinuación de sonrisa significaba algo más.

—Podría hacerlo —dijo aún de pie frente a mí. Sus mejillas pálidas habían adquirido una tonalidad rosa casi imperceptible y sus ojos sombreados parecieron brillar. Era como si disfrutase decirme aquellas cosas. ¿Estaría pensando en devorarme?

—Pero no lo haces, ¿o sí? —insistí.

—No lo he hecho hasta ahora. Créeme, me habría gustado matar a SungRok y su aliada. Me he contenido, más que nada, por conservar mi potencial para la hechicería intacto —afirmó, sentándose junto a mí.

—Lo sé —dije, riendo por lo bajo ante la idea de que los devorase —Leí el grimorio de tu familia. Aun así, me pregunto qué ocurriría si un día no pudieses resistir el impulso de matar a alguien. ¿Seguirás necesitando comer carne cruda y beber sangre aunque pierdas tus poderes strigoí?

—Probablemente —dijo —Pero de necesitar hacerme invisible o lanzar un rayo preciso, probablemente no lo lograría. Quizá tampoco podría transformarme en una criatura salvaje para cazar sino que tendría que hacerlo como los otros hombres, lo cual sería muy inconveniente. Y lo cierto es, Jungkook, que no deseo perder mi poder jamás. Es mío, ¿comprendes? Además de ser el legado de mis padres, la hechicería es mi vocación real.

—Y, ahora que consumiste la pócima, ¿cuándo sabremos si funcionó? ¿Crees que seguirás sintiendo el mismo tipo de sed? —Jimin viró su rostro hacia mí e inquirió:

—Este asunto te perturba, ¿no es así?

—En lo absoluto —dije, y era cierto —Confío en que no nos comerás a mí ni a mi nana.

—No sabes cuánto me alegra, porque no consumí la pócima.

—¿De veras? —pregunté, frunciendo el ceño —¿Y qué esperas para hacerlo? —Jimin clavó los ojos en el suelo de piedra y ocultó el rostro entre las manos. Entonces caí en la cuenta de que la nota que reposaba en mi regazo había llegado a casa de El en la botella vacía y lo comprendí todo: el tío de Jimin había robado la pócima —¡No puede ser! —tartamudeé aterrado.

—Lo es —gruñó él, incorporándose y tomando la nota de mis manos para leerla. La expresión de su rostro cambió al instante —¡Maldito brujo iniciado! ¿Cómo se atreve a usar mi nombre?

—Había arrugado la nota en su puño para arrojarla a unos metros de distancia. Entonces murmuró una frase ininteligible y el papel se hizo cenizas en un abrir y cerrar de ojos —Te juré lealtad —dijo, acomodándose para mirarme directamente —Y nada evitará que cumpla con mi palabra hasta que muera —Estaba iracundo. Por mi parte, lamentaba que mi vibración interna no me hubiese alertado al respecto de la presencia de su tío mientras este nos espiaba, lo cual habría evitado que nos robase la pócima. Aun así, debía admitir para mis adentros la posibilidad de haberla ignorado a causa de las emociones que me embargaban aquella noche. Jimin, sin embargo, era un brujo mucho más poderoso que yo.

—Comprendo que menosprecies a tu tío por ser un brujo iniciado —dije —pero no puedes negar que ha logrado causarte mucho daño. ¿Cómo diablos logró envenenarte?

—Cometí el error de permitir que mis emociones me distrajesen, por lo cual no tomé las precauciones habituales —dijo —Cuando me adentré en el bosque tras despedirme de ti, me

dominaba una intensidad desconocida, abrumadora y maravillosa. Solo podía pensar en ti y esto resultaba tan angustiante como irresistible, al punto que me pregunté si me habrías hechizado sin proponértelo. Sin embargo, pronto se hizo evidente que aquello que experimentaba no era efecto de tu magia sino que provenía de mi interior, pues había surgido de forma espontánea y se acrecentaba sin que yo pudiese o incluso desear hacer nada al respecto. Esto me desconcertaba y aterraba, aunque no dejaba de ser grato. Sé que todo esto es muy confuso, perdóname, me cuesta explicarlo. En todo caso, puesto que la naturaleza suele replicar las emociones de los strigoi, aquella madrugada se desataron los vientos y un remolino de hojas se formó en torno a mí, desplazándose conmigo a medida que avanzaba. Los árboles se sacudían a mi paso y las aves nocturnas dejaban sus puestos en las ramas para sobrevolarme, acompañándome con los últimos graznidos antes del amanecer. Estaba sumido en un estado tan extraordinario que olvidé cerciorarme de que nadie me siguiese.

—Pero tú eres tan poderoso, ¿cómo pudo enfrentarse a ti?

—No lo hizo. Ocurre que, como todo strigoi, me encuentro en mi punto más débil al llegar el alba así que, en cuanto clareó, busqué el lugar más oscuro y resguardado de los alrededores para tenderme a descansar unas horas. Entonces, cerré los ojos y me adentré en el oscuro mundo de los sueños. Por desgracia, un strigoi emplea tanta energía a lo largo de la jornada que, cuando duerme, suele estar tan agotado que es casi como si muriese: rompe todo vínculo con su entorno, lo cual lo hace en extremo vulnerable. Por esta razón, mis antecesores siempre tuvieron guardianes que velasen su sueño, los cuales regularmente estaban armados. En mi caso, puesto que he tenido una manada desde la infancia, mis guardianes son los lobos, pero preferí dejarlos en Raskrsnica para que cuidasen de ti. Mi tío solo tuvo que derramar aquella nefasta poción sobre mis labios en cuanto me dormí para que esta penetrase en mi interior, envenenando mi sangre. Desperté conforme el líquido recorría mis venas, paralizándome paulatinamente. Intenté incorporarme pero, pasados unos segundos, ya no pude moverme más y solo vi al brujo alejarse con la botella que contenía tu hechizo. Y ya conoces el resto de la historia. Sabes que pudiste contrarrestar el veneno porque eres un brujo natural, ¿no es así? —Asentí.

—Sí, y porque, al pertenecer al círculo de Yuh-jung, también soy Yuh-junhg. Ella me lo dijo: todos somos Yuh-jung. Jimin, debes premiar al lobo que me guio hasta donde te hallabas —comenté, orgulloso de mi amigo lupino —De no haber sido por él, jamás te habría encontrado.

—Toda la manada empezó a buscarme cuando los días pasaron y no regresé, pero él me rastreó antes que el resto —afirmó —Y supo exactamente a quién acudir —agregó, complacido.

—Creo que tienes los mejores guardianes que un strigoi puede desear —dije.

—Así es —replicó —Son mis hermanos. Nos cuidamos mutuamente. En esta ocasión me socorrieron ellos a mí. Es una lástima que no hubiesen estado allí cuando mi tío robó tu pócima —chistó, con aire de desilusión —Es lo único que lamento, pues esta no puede ser replicada: mi sangre ya cambió.

—Matar a tu padre, robar la poción e intentar envenenarte no es lo único que tu tío ha hecho —tartamudeé, hurgando en el bolso de nuevo y extendiéndole las cartas que el ángel había escrito a HyeYoung, además de las últimas páginas del diario de Sung Boreum. Jimin las recibió y, en cuanto posó su mirada en la primera carta, fue evidente que estaba realmente conmocionado.

Supe que las explicaciones sobraban y que él lo deduciría todo, así como yo lo había hecho. Guardé silencio conforme él leía, evitando mirarlo para proporcionarle algo de intimidad.

—Así que fue él quien le habló a HyeYoung acerca de mi marca —susurró —Probablemente siguió a Min Yoongi desde Valaquia cuando este viajó a Dobro para entregarme los manuscritos de mi padre. Debo admitir que es sigiloso —Le expliqué que Sung Boreum había descubierto el sello en su espalda antes, cuando había intentado seducirlo.

—¿Cómo lo sabes? —inquirió atónito.

—Robé su diario de casa de HyeYoung —repliqué —Te traje solo las últimas páginas, las tienes en la mano bajo las cartas que tu tío envió a Hye —Sin perder un segundo, Jimin hizo a un lado la correspondencia de la viuda Hye para concentrarse en leer el final del diario de Boreum.

—En verdad era una mujer estúpida —suspiró conforme daba vuelta a la página —¡Querer pactar con el demonio para seducirme! ¡Creer que el primer hombre que apareció en el establo era Lucifer!

—Estaba enamorada de ti —dije, compadeciéndola a pesar de todo.

—¡Aquello no era amor! —rio él por entre los dientes —Estaba trastornada —Pensé que tenía razón pues, en mi caso, aunque lo amaba con todas mis fuerzas, jamás querría forzarlo a amarme. Jimin, por su parte, prosiguió con la lectura. Al cabo de unos minutos, dejó escapar una exclamación muda y, entonces, lo observé con el rabillo del ojo: él empezó a llorar en silencio. Hizo el papel a un lado y, de repente, me abrazó con tanta fuerza que me dejó sin aire unos instantes —¡No maté a mi madre! —gimió en voz baja. Me sostuvo contra sí, envolviéndome con ambos brazos. Olvidé por completo mis propios sentimientos al verlo tan cándido e indefenso y lo abracé a mi vez, dichoso de ser su amigo. Percibí que se desmoronaba por dentro, tan profundo y terrible había sido su remordimiento aun creyendo que la madre había fallecido a causa de algo que él no podía controlar. Al fin podría dejar ir aquella culpa inmerecida que había albergado tanto tiempo, que para entonces era parte esencial del modo en que concebía su propia existencia. Ya no volvería a pensar en sí mismo como el asesino de su madre.

—Habrías sido inocente de cualquier forma, Jimin —afirmé, mi voz sofocada contra su pecho.

—Lo sé, y, sin embargo, me has devuelto la luz del alma, la única que necesitaba recuperar —sollozó, dejándose caer en el lecho de modo que uno de sus brazos cubría su rostro. Tembló largamente sin cesar de suspirar y, al fin, cuando la aurora tiñó de rosa el cielo circular del cráter, se quedó perfectamente quieto: estaba dormido.